

Reseña

- *A Century of Violence in a Red City: Popular Struggle, Counterinsurgency, and Human Rights in Colombia*, por Lesley Gill. Duke University Press, 2016.

Barrancabermeja es una ciudad muy estudiada en Colombia, no solo por ser el principal centro petrolero del país, sino por contar con una tradición política contestataria y radical. Pero este libro de ocho capítulos más introducción de la antropóloga norteamericana Lesley Gill ofrece varias novedades. Aunque ya ha habido extranjeros que han estudiado a Barranca – como coloquialmente se le conoce –, en el pasado lo han hecho desde una perspectiva apologética de la explotación petrolera y más recientemente en forma más crítica, desde la defensa de los derechos humanos. Esta es una perspectiva que considera la profesora Gill, pero ella va más allá, incluso polemizando con el enfoque de derechos humanos, y aquí radica la novedad. En efecto su clave de análisis es la categoría clase y desde allí intenta leer en forma muy coherente el efecto del capitalismo y la violencia en el hacerse y deshacerse de la clase trabajadora barranqueña.

La otra novedad, tal vez no tan polémica como la anterior, es metodológica: el uso de testimonios directos por el trabajo de campo que valientemente realizó en esa ciudad desde 2004 cuando fue invitada por los trabajadores de Coca Cola a acompañarlos en la lucha por la defensa de la vida. Y decimos valientemente no solo por el calor sofocante que se respira en este puerto sobre el río Magdalena todo el año, sino sobre todo, porque la ciudad desde 1998 sufrió una brutal incursión de paramilitares que rechazaban cualquier pensamiento crítico así proviniera de una extranjera. Por tanto su vida estuvo en juego así no lo confiese mucho a lo largo de las 300 páginas de su libro. En ese sentido, aunque la autora no reflexione mucho sobre el método de investigación, sin duda se trata de una etnología comprometida con la gente a la que acompañó por casi diez años.

Cuando uno termina de leer el libro de Lesley Gill tiene la impresión de que la historia de Barranca fue la de un cambio extremo de una cultura radical obrera y ciudadana, que predominó entre los años 20 y los 80, a una cultura individualista y fragmentada, implantada de los 90 para acá. Es lo que la autora, en términos del historiador E. P. Thompson refiere como el hacerse y des-

hacerse de la clase trabajadora. Tengo una imagen distinta de los obreros y pobladores barranqueños por el conocimiento que tuve de ellos desde los años 80, como lo plasmé en varios trabajos en los que me apoyaba en sus testimonios. En pocas palabras, ni la clase obrera barranquera estaba tan ‘hecha’ en los años 80, ni el terror paramilitar la destruyó tanto como la autora sugiere. Creo que la historia no es de blanco o negro sino de muchos matices de grises, unos más oscuros y otros más claros. Es cierto que el capitalismo históricamente ha estado acompañado de violencia – ya lo decía Marx al hablar de la acumulación originaria – y que el neoliberalismo en Colombia y en especial en el Magdalena Medio se articula con el terror paramilitar para destruir el sindicalismo, como lo hemos señalado en otra parte, pero no deja de ser un poco lineal la forma de exposición de ella, incluso en el orden de los capítulos.

En cuanto a la forma, el libro se lee con agrado a pesar de su duro contenido. Como ya dijimos, la autora hace un acertado uso de los testimonios para narrar eventos traumáticos que de otra forma serían difíciles de comunicar. Pero a veces, dentro de los capítulos, hay una forma circular de argumentar con reiteraciones sobre temas no siempre claramente organizados. Existen también algunos errores puntuales de nombres y fechas. En cambio hay un problema al dar cifras inexactas sobre la violencia contra los trabajadores: en la página 116, sin citar la fuente, se afirma que entre 1986 y 2003 fueron asesinados 4.000 sindicalistas de la CUT – la central obrera más grande mas no la única –, cuando distintos analistas, incluidos nosotros, arrojan una cifra cercana a 3.000 asesinados para todo el sindicalismo entre 1984 y 2010. Pero estos errores no demeritan la calidad académica del libro y sus aportes, que son principalmente etnográficos y de denuncia sobre las recientes transformaciones del mundo del trabajo en Barranca y en Colombia.

Concluyo reconociendo el valor académico y ético del libro de Lesley Gill, y señalo que paradójicamente, aunque la autora no menciona los diálogos de paz con la insurgencia que se hicieron públicos desde 2012 – algo que tal vez hubiera matizado su pesimismo –, este libro hace más necesarios que nunca estos acuerdos para que ese mundo de terror, inseguridad y desconfianza, que tan bien describe y analiza, no se vuelva a repetir.

Mauricio Archila Neira, Universidad Nacional de Colombia y CINEP
marchilan@unal.edu.co